




Moisés Cayetano

Los otros conquistadores

Moisés Cayetano Rosado

20 mar 2007 actualizado 10:40 CET

A menudo, en actos de exaltación regionalista, salta al discurso el tiempo de "los conquistadores", aquellos que otros días trunfaron en América según el verso de Luis Chamizo; los dioses del Conde de Canilleros, o sea, la lista que encabezan Hernán Cortés y Pizarro, seguida por un buen número de capitanes atrevidos, que nutren otra relación, interminable, de no menos arriesgados extremeños, innominados la mayoría, que ayudaron, e incluso más: hicieron posible, con su contribución imprescindible, el triunfo de la conocida minoría de la que año tras año vertemos halagos en buen número de nuestras celebraciones. 

Fueron "conquistadores en la sombra" los miles de colonos de aquella América de la Edad Moderna, la mayoría de los cuales no sólo pasó sin pena ni gloria por la historia sino con mucha pena y discutida gloria por la vida. Pero, como en los versos de Bertolt Brecht, las Siete Puertas de Tebas no las construían sólo los reyes sino los numerosos obreros que pusieron en ello su sangre y sus sudores, su sacrificio, su existencia; las batallas no las ganan en exclusiva los generales sino las tropas que están sobre el terreno en cada enfrentamiento, a pesar de la resonancia de los grandes como Alejandro Magno, Federico II o los Césares de Roma.

Y así, hoy, cuando haya que evocar las conquistas que desde Extremadura se emprendieron, se emprenden, no estaría mal que recordáramos a estas masas y su contribución. En efecto, ¿no ha reparado nadie en esos extremeños -el cuarenta por ciento de los habitantes que había en la región a mediados del siglo XX- que marcharon a otras comunidades de España, a los países más prósperos de Europa Central y Occidental, y allí se asentaron, entre penalidades, incomprendiones y batallas diarias por el trabajo, la vivienda, el mínimo bienestar que aquí no habían logrado?

De 1951 a 1975, nuestro saldo migratorio fue de 670.000 personas. Así, si en 1950 tenía Extremadura 1.365.000 habitantes, en 1975 no llegan más que a 1.066.000, de tal manera que mientras el conjunto de España crecía, pasando de 25.976.000 habitantes en 1950, a 35.471.000 en 1975, nosotros perdíamos lo mejor de nuestro capital: el humano, en especial jóvenes en edad laboral, de entre 16 y 40 años en gran parte, dispuestos a producir, quedando la región envejecida.

Téngase en cuenta esto: de 1960 a 1975, los quince años más duros del proceso migratorio, la Penillanura del Salor resta el 55'2% de su población; La Campiña, el 51'63%; Las Villuercas, el 46'61%; la zona de Valencia de Alcántara, el 44'74%; la Siberia Extremeña, el 43'97%. La pérdida para el conjunto de Extremadura en esos 15 años fue del 36%.

¿Y qué es del emigrante hoy en día, medio siglo después de aquella diáspora masiva? Algunos fueron barridos por los tremendos huracanes de las dificultades, pero muchos se asentaron con firmeza, prosperando, consiguiendo para sí y para los hijos un porvenir que sólo en la imaginación expectante se entrevió lejanamente al estar en el lugar de origen.

Conozco emigrantes que desempeñan altos cargos en la política, en la administración pública, en las finanzas, en los negocios, en los despachos profesionales, en la Universidad... fuera de Extremadura. Otros, en puestos medios o discretos, pero muy respetados, admirados por los que les rodean. Y buen número son "embajadores de primera" de la tierra que les vio nacer y no supo en aquellos tiempos retenerlos. Salieron a conquistar el pan, el techo para los suyos, un porvenir mejor, prosperidad, logrando lo imaginado en sueños casi alocados, ¡y más!

¿No podemos hablar, entonces, de conquistadores, de "los otros conquistadores", pacíficos, persistentes, firmes luchadores del difícil y etéreo territorio del día a día? Sí, hemos de recordar las incruentas luchas de estos cientos de miles de extremeños que se han ganado un puesto digno, fructífero, útil para todos, fuera del

suelo en que nacieron y que, como a aquellos de "las Américas", les vio salir porque -siguiendo lo que escribía Felipe Trigo en "Jarrapellejos"- se estaba tan mal aquí que nada se perdiera con irse al mismo infierno, en buena parte de los casos. Y todo además con una ventaja impagable por añadidura: están ahí, siguen en contacto con nosotros, perdura el amor en ellos y en los hijos, a la tierra de origen, formando parte real de la comunidad extremeña.

¡Y que curioso cómo cambia el signo de los tiempos! Ahora, pacíficamente, otros conquistadores hacen su aparición en el escenario de nuestra historia. Los que vienen hasta aquí desde Latinoamérica, Europa del Este, el continente africano: son la imagen que el espejo nos devuelve. Héroes de lo cotidiano que allá, en sus tierras, habrán dejado también la ilusión de la conquista en los que les esperan. Sepamos reconocernos en ellos como hace tan poco tiempo soñamos con ser reconocidos nosotros fuera: pacíficos, limpios conquistadores del pan de cada día.

MOISÉS CAYETANO ROSADO

